

En los mismos días en que Europa se arruina por exceso de industrialismo, la América española se arruina por falta de industrias propias, apenas incipientes en uno que otro lugar. Principiemos porque no hay un barco que ponga en contacto a Costa Rica con Chile, ni a la Argentina con México. El algodón de Buenos Aires lo compramos manufacturado ya en Londres o Nueva York; el café de Costa Rica no lo conocen en Sud América. Brasil exporta hule para comprarlo después hecho llantas o neumáticos, y Costa Rica exporta el cacao y lo compra después hecho bombones.

Así pasa con todo: lo exportamos y lo compramos después a precios de reventa, porque el traslado de ida y vuelta, y los cincuenta comisionistas intermediarios, no nos dejan margen para el ahorro. Somos esclavos de los extranjeros en todo el sentido de la palabra industrialismo.

Hemos querido corregir el error de no tener industrias para la elaboración de nuestra materia prima y hemos ideado un acercamiento de la América española a la Madre Patria (Hispano-americanismo), o a la América del Norte (Pan-americanismo). Pero el primer proyecto no prospera, pues España no puede ofrecernos el complemento de valores industriales o comerciales que nos hacen falta para realizar la unidad espiritual de nuestra América. No tiene España flota mercante, y aun teniéndola, no es suficiente para los fines que se persiguen. Su capacidad financiera tampoco puede satisfacer las exigencias oficiales ni extra oficiales que nos llevan a Londres, a Nueva York, y en resumen, que a despecho de nuestra devoción por nuestra grandiosa progenitora, ella no puede darnos, hoy por hoy, y sobre todo después de su desastrosa guerra en Marruecos, otra cosa que su grande afecto. El segundo, tampoco prospera, porque nadie cree en él y menos el americano del norte.

Tiene razón Maurice de Waleffe cuando dice que la América del Sur para defenderse de la ola bárbara necesita apoyarse en Madrid, pero que Madrid a su vez necesita apoyarse en París y Roma, que forman con la capital de España la fuerza latina.

Pero el industrialismo Hispano-americano no debemos admitirlo a base de europeísmo, porque sería copiar el error. Nuestras industrias tienen que ser fuente de vida y no de muerte. Por eso las ideamos cooperativas, como las quería Zola y las puso en práctica Ford; deben estar limitadas a la producción nacional de la materia prima, de suerte que ésta no sea importada de otras regiones que la necesitan para satisfacer sus propias exigencias; y deben guardar proporción con las necesidades

de sus habitantes para que no se conviertan en fuente de agiotismo ni en empresas rivales, generadoras de conflictos guerreros.

La exportación industrial no cabe dentro de este sistema que excluye al comisionista y abarata el precio de compra, sino una vez satisfechas las necesidades de la nación, ni procede tampoco, sino hasta el límite de las necesidades de otros pueblos, no cubiertas con sus propias industrias, si las tiene.

Es estúpido que el algodón y la lana de Sud América se manden a tejer y a teñir a Estados Unidos, Inglaterra o Alemania, cuando el telar y la tinta debieran estar al lado del rebaño. Es torpe que Londres que no produce más que carbón, sea el mercado del mundo; y más torpe todavía que sigamos sosteniendo y estimulando con nuestro sudor y empeño el lujo y la molice de las grandes capitales.

Lo dicho es la verdad. Las anteriores observaciones sobre el exceso de industrialismo en Europa y Norte América y la falta de él en la América española, nos pusieron bajo el microscopio los *Presupuestos urbanos*.

Si tomamos como punto de partida para un cálculo aproximado, y por lo mismo sujeto a rectificaciones, el presupuesto de la ciudad de Buenos Aires, que nos dicen asciende a noventa millones de pesos argentinos al año, podríamos calcular el presupuesto total de las ciudades ibero-americanas en unos mil millones de dólares anuales.

¿Cuál será el de las ciudades de Estados Unidos?

¿Cuál el de las ciudades de Europa? No estamos capacitados para fijarlo. Lo único que nos interesa por ahora es llamar la atención de nuestros lectores a la colosal suma que ellos deben representar, al número de seres improductivos que en ellas viven, y al origen de tales presupuestos.

Una de las muchas calamidades que dejó la última gran guerra fué la des-

En lo sucesivo—señores agentes y suscritores de provincias—sírvanse remitirme *invariablemente* los fondos bajo *cubierta certificada* o en forma de *giro postal*; que sin ello suelen perderse.

*El costo del certificado*, o del *giro*, lo incluirán en la suma que me remitan.

El Editor del REPERTORIO

población de los campos y el aumento consiguiente de la población urbana, no sólo como consecuencia de la concentración militar, sino también de las necesidades industriales de la ciudad. Lo curioso del caso es que el fenómeno se observó, no sólo en los pueblos en guerra, sino también en los neutrales. Pareciera que la humanidad, teniendo la conciencia de un peligro común, quisiera esperar unida las consecuencias del gran cataclismo; y ahora el fundamental problema es devolver al campo, que la reclama a gritos, toda esta humanidad urbanizada, vagabunda y licenciosa, que prefiere el cine y el *cabaret* a la vida de la carretera, que el sol y el agua fecundizan para que produzca flores y frutos; y es que *la densidad de la población en las ciudades tiene un límite que no se puede sobrepasar*.

Esta observación es interesante, porque permite fijar la proporción conveniente entre el número de ciudades y de habitantes de éstas, y el número de agricultores. Francia, por ejemplo, abandonada a sus propios recursos no podría sostener a París, que tiene por lo menos un millón de población extranjera flotante, que vende artículos que le llegan del exterior, y manufactura cosas que no vende en Francia. Es que, como lo repetiremos más adelante, todos estos grandes mercados del mundo, y los ejércitos de especuladores que los habitan, viven del trabajo, no de un pueblo sino de toda la humanidad, y cuando los explotadores son más que los explotados, no hay negocio, y viene la ruina de la ciudad.

Si ahondamos un poco más este problema de los presupuestos urbanos, veremos cómo las grandes ciudades han sido las generadoras de las grandes guerras, y cómo el pacifismo está íntimamente ligado a la existencia o no existencia de las grandes capitales y de sus enormes presupuestos.

Acabar con estos presupuestos, o mejor dicho, reducirlos a su justo límite, equivale a descongestionar las ciudades y a devolver al campo los brazos que éstas les robaron; es acabar también con el industrialismo *como fuerza organizada para la conquista*.

Toda batalla en el pasado se libró efectivamente al pie de los muros de las grandes ciudades o tuvo por objeto conquistar éstas. Sin ir tan lejos, el objetivo de los alemanes, lo mismo en el setenta que en 1914, fué París y el de los franceses, Berlín.

Muchas veces hemos pensado que en aquella ARCADIA fabulosa de que nos habla Platón, la justa distribución de la tierra y del trabajo, la vida campestre que pone al hombre en contacto con la Naturaleza, con la ciencia y con Dios, no podía ofrecer las oportunidades actuales para la construcción